

CAPÍTULOS GRATUITOS

Tristán

Giselle Schwarzkopf

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a mi madre, Jenny Schwarzkopf, por darme todo en la vida y por ayudarme a ser quien soy, por brindarme su apoyo incondicional y su fuerza.

A mi abuela, por cada mimo y consejo que me da. Y a mi abuelo, porque además de cuidarme siempre en la tierra, ahora lo hace desde el cielo, seguramente tiene a todos escuchando radio Disney porque es la radio que a mí me gusta.

Un agradecimiento a mi hermano, por ser el mejor hermano mayor de la historia de los hermanos mayores y por darme a mis hermosos sobrinos: Martín, Belén, Santino y Bruno.

A mi tía madrina, por ser una persona tan buena y noble; también al tío Julio, por el apoyo y el amor que ambos me han brindado.

A mi tío padrino, por ser fuerte y estar atento a mí aunque yo no supiera que lo estaba. A la tía Estela y a mi primo Alexander, por su cariño y por su apoyo.

A mis mascotas, porque no hay nada mejor que escribir junto a ellos.

Agradezco también a Fernando Díaz, primo de mi abuela, que siempre está ahí.

También quiero agradecer a Santiago, mi pareja, porque, desde que nos conocimos, ha estado para mí de forma incondicional y llenándose de amor.

Un agradecimiento al *Squad Grinch*, porque son las incondicionales. Sea cuando sea que lean esto: ¡TENEMOS QUE JUNTARNOS!

A quienes fueron mis amigos: gracias, aprendí mucho de ustedes.

Un enorme agradecimiento a quienes me ayudaron cuando yo solo era una chica que escribía en Wattpad (aún soy solo una chica que escribe en Wattpad): a Nadín Velázquez, por la maravilla que hizo con las portadas de las historias. A Aldo Accinelli, por los enormes consejos que me dio al leer esta historia.

A Nova Casa Editorial, por seguir confiando en mí y en mis historias. A Joan Adell i Lavé, mi editor, y a Daniel, mi coordinador; a todo el equipo: correctores, coordinadores, maquetadores. Un enorme gracias por su trabajo y por su calidez.

Un agradecimiento especial a Nathalia Tórtora, mi correctora, por su trabajo más que excelente y por lo hermoso que quedó el libro.

Al grupo de autoras de la editorial, porque su apoyo y contención a la distancia es invaluable.

Quiero agradecer de manera especial a mis lectores de Wattpad, porque sin ellos nada de esto sería posible y porque son los mejores.

Y a ti, que estás leyendo esto, gracias.

CAPÍTULO 1

Tristán analizaba a la muchacha de cabello color rubio ceniza que miraba la lápida que tenía frente a ella con ojos expectantes. ¿Qué esperaba? Nada, nada podía esperar de una tumba más que silencio. Pero, aun así, tenía un leve destello de ilusión en el rostro, como si de un niño al asistir a un espectáculo se tratase.

Él siempre había sentido fascinación por los cementerios y por lo que estos implicaban: las muertes de quienes allí descansaban por la eternidad en discordancia con la vida de quienes se quedaban e iban a visitar. Era un lugar de encuentro de los mundos que más amaba, el muerto y el no tan muerto. Esto último lo consideraba así porque él entendía que todos estamos muertos desde el momento de nuestra concepción, que hemos sido creados para morir y que lo que ocurre en el medio solo es el camino hacia el otro mundo. Y allí, los muertos y quienes iban a morir se encontraban.

La chica comenzó a mover los labios de repente mientras fruncía el ceño con rabia. Por más que Tristán quisiera saber lo que ella decía, le era imposible escucharla; por fortuna, a él no le importaba en lo absoluto.

Amanda había crecido mucho y él estaba realmente orgulloso al respecto. La joven había aprendido a lidiar con los altibajos de Tristán y a darle la medicina requerida en el momento necesario, aunque no siempre funcionara.

—Volvamos, esto es sumamente deprimente —dijo ella al girar y mirar al hombre con ojos brillantes.

Sus *jeans* claros y su blusa rosada no concordaban en lo más mínimo con el cementerio, eso era algo que a Tristán le encantaba: Amanda nunca se veía acorde a su entorno. Casi como él.

—Maddy, ¿debo recordarte que tú has sido quien me rogó venir?

La chica le sacó la lengua de forma infantil y comenzó a caminar en dirección a la parada del autobús.

Había sido una larga tarde escolar para ella y solo quería regresar a su casa, sentirse normal, dejar de fingir por un momento.

En cambio, las manos de Tristán se tornaban sudorosas ante la idea de volver. Siempre que salía le costaba regresar, regresar a los viejos muros de la prisión, de su prisión. Pero ¿qué otro lugar le quedaba? Solo el manicomio, y eso era algo que ni él ni Amanda estaban dispuestos a afrontar.

Se marcharon pronto rumbo a su hogar, no intercambiaron palabras durante el recorrido. Y, al llegar, cada uno continuó con su jornada por separado.

Mientras ella caminaba con calma a su encuentro con Máximo, Tristán se sentó en su sillón favorito, uno muy ornamentado que había pertenecido a su madre, y mordisqueó una rebanada de pan blanco e insulso que llevaba en el bolsillo; siempre cargaba con algunos trozos cuando salía, era una manía que le quedó de sus múltiples encierros en hospitales psiquiátricos, allí solía esconder comida en su bata para luchar contra el hambre que sentía a causa de las estrictas dietas y horarios restringidos para alimentarse.

El hombre adoraba a los muchachos, a Maddy y a Máximo, ambos habían optado por ocuparse de él incluso cuando ya no tenían obligación de hacerlo.

Tristán suspiró complacido, al oír las risas de la chica. Comenzaba a llover con fuerza en el exterior y, a través de la ventana, él pudo distinguir fantasmas entre la tormenta. Fantasmas del pasado que se negaban a abandonarlo.

«Ah, la adolescencia, mi querida Staph. ¿La recuerdas, cielo?», pensó él. Desvió la mirada hacia la única fotografía que había en la casa, una imagen que guardaba siempre cerca de su corazón. Esa memoria, ya casi arruinada, lo había acompañado desde el día en que conoció a la chica que allí salía y lo seguiría acompañando hasta su último respiro.

—Tris, ¿necesitas algo? —preguntó Amanda cuando entró en la sala, seguida de Máximo.

A Tristán le gustaba Máximo y la forma en la que su mundo parecía girar en torno a Amanda, como el suyo propio lo hizo en torno a Staph alguna vez; la vida del joven comenzaba y terminaba en los ojos de la chica, así como ella parecía depender totalmente de las manos de él para vivir. Cuando estaban juntos, formaban un cuadro conmovedor que solía gustarle a Tristán. Casi siempre. O casi nunca. Eso dependía mucho del día.

El amor volvía ciegos a las personas, pero no a ellos. Ellos veían cada defecto del otro y lo aceptaban.

Así como Tristán había hecho con su querida Staph... pero ella no así con él. ¡Ah!, su Staph, ella había quedado cegada por los sentimientos que tenía hacia él. Lo aborrecía en lo más profundo de su corazón, pero no podía evitar la fascinación que le despertaba.

«Staph, aún te extraño», se decía Tristán mientras negaba con la cabeza en dirección a los chicos. No los miraba, tenía los ojos perdidos en el pasado.

Él sentía la ansiedad crecer. Las paredes, que muy bien conocía y que repudiaba, eternas representantes de su prisión, lo asfixiaban y se cerraban en torno a su cuerpo como si lo aplastaran. Y, otra vez, al girarse vio fantasmas en la lluvia de la ventana.

Entonces, dejó de negar. Comenzó a asentir con la cabeza casi con desesperación.

Al verlo así, Amanda fue a la cocina a toda velocidad en busca de las pastillas correspondientes y se las entregó a Tristán junto con un vaso de agua. El hombre aún asentía con la cabeza sin parar.

—Tal vez no debiste acompañarme... podría haber ido sola o a... esto... Máximo pudo acompañarme —buscó las palabras adecuadas.

—No, no. A mí me gustan los cementerios, no. Yo fui. ¿Verdad que sí? Yo fui contigo. Y todo fue bien, ¿no, pequeña Maddy? Tu padre nos saludó, desde allí está velando por ti, Maddy... Junto a Staph... Sí, ambos velan por nosotros, porque ella es buena y vela por ti y por tu amor. Ella amaba el amor, ¿sabías?

La perorata sin sentido del hombre se vio interrumpida cuando Amanda colocó las pastillas en su boca y lo obligó a tragarlas con agua.

Tristán sabía que la chica lo hacía por su bien, por eso no se oponía. Por eso, y porque ella era muy pequeña. Estaba en sus dulces quince años.

Tristán era su único pariente vivo, y con él vivía. Con él y con Máximo.

Con él, con Máximo y con su querida Staph.

INVITACIÓN DESCONOCIDA

AÑO 1982

La tarjeta de invitación había llegado esa misma tarde. La fecha indicada era el próximo sábado, en dos días, y el chico que la tenía en sus manos no sabía qué hacer. Lo que se aproximaba era la graduación del colegio de élite de la zona que se llevaría a cabo en un club nocturno a pocas cuadras de su propia casa. Él creía que se trataba de un festejo organizado por los propios alumnos, dudaba que un colegio fuese a escoger esa clase de sitios.

Suponía que el papel habría llegado con el correo de la tarde por error, él no solía ir a fiestas, nunca lo invitaban. Es imposible invitar a alguien cuya existencia se desconoce.

—¡Tristán Adam Tomasini, debes bajar a comer, ahora! —gritó su madre desde el salón comedor, como le solían decir en la casa.

El chico escondió la tarjeta debajo de las carpetas escolares y bajó con pereza los escalones. Resopló al final de la escalera, acomodó su camisa color gris y siguió el ruido de las voces de su familia con su más falsa sonrisa plantada sobre el rostro.

La cena estaba servida, los platos rebosaban de pollo y de especias, de pasta y de hongos, de pescado y de vegetales. Las copas de vino blanco, tinto y dulce estaban vacías, y los tres mozos responsables de cada cual aguardaban por órdenes. La copa de agua de Tristán sí estaba servida, esa era toda la bebida que tomaría durante la velada.

La mesa estaba más concurrida que en un día ordinario.

Su madre, como siempre, se encontraba en uno de los extremos; elegante, esbelta y con su maquillaje exuberante. Su padre se ubicaba en el otro extremo, con un traje de

etiqueta y su bigote perfectamente recortado. En los asientos que por lo general estaban libres se sentaban ese día sus dos primas, mellizas tan idénticas que parecían gemelas, Samantha y Santhana, nombres escogidos por el marido de su tía. Frente a ellas, la abuela de Tristán, la Granny Matozzani. A su lado derecho se sentaban Marianella y Mario Gómez, sus detestables tíos, con sus sonrisas falsas y su cabello immaculado. Tristán quiso vomitar.

—Buenas noches, señor y señora Tomasini —se refirió Tristán a sus padres.

Ellos asintieron en señal de reconocimiento antes de indicarle el lugar a la izquierda de sus primas. El chico se sentó en silencio y miró a las chicas con desagrado. Al parecer, ellas habían decidido que, puesto que no eran ya lo suficientemente iguales, se vestirían de la misma forma a partir de vaya uno a saber qué momento.

Tristán se mantuvo en silencio durante el plato de entrada, sin dirigirle a su familia siquiera una mirada hasta que su abuela le habló a él.

—Tristán, cielo mío, ¿cómo van tus estudios?

El chico abrió la boca para responder, su abuela era bastante dulce y perceptiva, con su niveo cabello peinado hacia arriba con rulos.

—Tristán Adam Tomasini es un chico brillante para su edad, tiene un gran futuro por delante y...

—Lillian, querida, le preguntaba a mi nieto, no a ti —dijo Granny Matozani; con esas palabras frenó a su hija al instante. Luego, posó su mirada en Tristán y esperó por su respuesta con paciencia.

—Bueno, Granny Matozzani, me va bastante bien, Zamara es una buena institutriz —dijo el chico en voz baja con la mirada todavía en su plato.

—Madre, ¿por qué Tristán tiene una institutriz y nosotras no? —preguntó una de sus primas, Tristán no podía saber a ciencia cierta cuál, pero la hermana de la primera asintió para apoyar la consulta de la otra.

—Porque Tristán no puede ir a la escuela como ustedes, pequeñas —respondió Marianella. Por el tono de su voz, se podía apreciar que a lo que se refería era a que Tristán de verdad «no podía» ir a la escuela, no tenía la capacidad de hacerlo. Con sus palabras dio a entender que Tristán no era lo suficientemente normal.

El primer plato había quedado atrás y el principal era servido por los mozos en ese momento. Una ligera sonrisa se instaló en los labios del chico al saber lo que acontecería en el futuro.

Tristán removió su comida en el plato una y otra vez, la llevaba de un lugar a otro, la pinchaba y fingía comer cuando en realidad no tenía hambre, no quería probar ni un bocado.

Sus padres hablaban sobre un viaje futuro a los viñedos que poseían en Italia; Tristán estaba encantado con sus palabras. Él adoraba Italia, el simple olor del aire hacía que deseara quedarse allí para siempre. Amaba el sabor de las uvas y los colores del paisaje, donde mirara siempre había celeste y verde; además, allí se oía el silencio del campo. Ese era un silencio agradable que Tristán anhelaba sentir otra vez.

Lo que él no sabía en ese momento era que no lo llevarían a Europa con el resto de la familia.

Cuando el postre —que Tristán sí comió— quedó atrás, la familia se puso al corriente de sus respectivas vidas, mientras él se excusaba para ir a su habitación, no necesitaba saber sobre el nuevo tratamiento para la piel que había descubierto su tía.

Ya en su cuarto, Tristán se recostó sobre su cama y contempló la invitación que había recibido unas horas antes con una sonrisa. Así esperó, con paciencia, a que en la planta inferior se desatara el caos.

—

La casa de Tristán contaba con cinco baños dispersos entre las áreas comunes y los cuartos privados; uno de ellos se encontraba en la habitación del chico y solo él lo utilizaba. Eso significaba que aquella noche había siete personas en el edificio y cuatro baños disponibles, siete personas con descompostura para cuatro baños, para ser exactos.

El joven sonreía con satisfacción al oír las carreras en el piso inferior, las maldiciones de su padre y a su madre que subía por las escaleras con prisa.

Esa noche, Tristán se divirtió más que nunca. Sentía un poco de lástima por su querida abuela, pero nada podía hacer si ella había decidido comer el plato principal; claro, no es que supiera de la sorpresa que este guardaba.

Apagó la luz antes de medianoche. Los ruidos comenzaron a cesar poco a poco hasta que el automóvil de sus tíos abandonó la entrada. El caos había acabado demasiado rápido para su gusto; no había logrado ver los rostros de sus primas al sentirse mal, pero valió la pena la satisfacción de saber que todos habían pasado un mal rato.

Escaso tiempo después, y con la luz apagada, Tristán escuchó con claridad los furiosos gritos de su madre a la cocinera, a quien culpaba por preparar comida en mal estado. El chico supuso que la conversación terminaría en el despido de la empleada.

Él recordó entonces que, algunos días antes, sus padres habían debatido sobre la posibilidad de echar a la cocinera a la calle porque no sabía usar correctamente los condimentos italianos. Ella también escuchó y, junto a Tristán, planeó esta venganza tan intrépida contra sus patrones. Colocó un poco —demasiado— laxante líquido en la salsa del platillo principal y se aseguró de que los condimentos estuvieran en perfecta proporción. Toda la familia terminó con descompostura, retorciéndose de dolor y de vergüenza a la espera de que un baño se liberara.

Tristán no sintió ni un ápice de remordimiento cuando, a la mañana siguiente, la cocinera no estaba en la casa.

VIRGILIO

AÑO 1982

No sabía cómo, pero debía escapar.

Imaginaba los métodos más efectivos de hacerlo mientras Zamara culminaba con su clase de los sábados. Él nunca había escapado de su casa, no lo había creído necesario ni había tenido la motivación para hacerlo.

Zamara, institutriz de Tristán desde hacía un tiempo, era una mujer rusa de unos cincuenta años. Poseía una mirada severa y el cabello tan rubio que casi no se distinguían las canas del resto. Lo primero que destacaba en ella era su ropa negra y rígida —siempre planchada de forma impecable y abotonada hasta el cuello—, sus gafas grandes y su complexión gruesa. Pero, al observar por unos segundos más, se notaba que tenía una sonrisa fácil y que movía sus manos al hablar.

Tristán creía que sus padres no se habían detenido a mirarla nunca lo suficiente; de lo contrario, ella no estaría allí como su institutriz.

—Por último, pondré un poco de música, si te parece —dijo la mujer mientras encendía el tocadiscos de la esquina y se sentaba sobre la silla de su escritorio.

La pequeña sala utilizada como aula de clases se llenó del delicado sonido de alguna orquesta que el chico no reconoció. Tampoco puso todo su empeño en ello, puesto que no podía dejar de pensar en cómo robar carne de la cocina para que los perros no hicieran ruido en la noche.

El chico, literalmente, nunca salía de su hogar más que para realizar visitas al médico o para ir a la casa de algún familiar. Sus padres estaban empeñados en que él debía ser perfecto y tener la formación académica adecuada para llevar adelante el negocio de vinos de la familia. Los vinos Tomasini-Prior eran famosos en todo el mundo en ese entonces y tenían una trayectoria de varias décadas que su madre deseaba mantener a toda costa. Por eso mismo, contrató a Zamara.

—Institutriz Zamara yo... este... ¿Usted cree que podré salir pronto? ¿Ir a una escuela normal o con chicos que no sean mi familia? —preguntó Tristán con cautela.

La mujer siempre le había parecido confiable, alguien a quien podía relatarle sus inquietudes; él sabía que siempre obtendría una respuesta sincera de su parte.

—Tristán, no esperes que ellos te dejen salir pronto, al menos, no lo han comentado conmigo. Son bastante protectores contigo, eres su único hijo y buscan cuidarte. Además, tu madre perdió un bebé hace no mucho, pobre mujer, comprendo cómo se siente al respecto —dijo con su intrincado acento, aunque en sus ojos se podía ver que no admitía su verdadero pensar.

Tristán la había oído en una discusión con sus padres respecto al tema, pero ella nunca lo mencionaba.

Las últimas palabras de Zamara se mezclaron con la música en la mente de Tristán. Y allí se quedaron durante el resto del día, moldeando sus pensamientos.

Esa noche, así como la anterior, el ayudante de cocina estuvo muy atareado con la preparación de la cena. Se suponía que el lunes llegaría la nueva cocinera, pero hasta ese entonces el hombre debía arreglárselas como pudiera. Tristán extrañaría a la empleada, a pesar de que no lograba recordar su nombre, él nunca tuvo buena memoria.

Cuando sus cautos padres le permitieron retirarse de la mesa, el chico subió casi corriendo a la habitación. Contempló la tarjeta y se preguntó por milésima vez cómo había llegado a sus manos. No tenía sentido: él nunca recibiría una invitación por parte de los chicos mayores de un colegio elitista. Bueno, en realidad él nunca recibiría una invitación de ningún tipo. Pero allí estaba, frente a él.

Tristán no sabía cómo debía vestirse para asistir a una graduación, así que se decidió por utilizar algo simple: *jeans*, una camisa a cuadros y un chaleco. Le tomó un rato

acomodar su cabello hasta lograr un aspecto entre prolijo y descuidado similar al que había visto en un programa de televisión.

¿De verdad saldría solo en mitad de la noche? Sí, diablos, sí que lo haría.

Dio un último vistazo a su habitación para cerciorarse de que todo estuviera en su lugar, incluidas sus almohadas debajo de las mantas, como si de un cuerpo descansando se trataran.

Abandonar la casa no fue tarea difícil ya que todo el personal de servicio se encontraba dormido o metido en sus asuntos. El mayor obstáculo fue conseguir la carne cruda para distraer a los perros; su padre era fanático de los canes de gran tamaño y creía que ellos eran la mejor forma de cuidar la casa. Tristán estaba convencido de que su padre le tenía más cariño a los animales que a él.

Contra toda expectativa, cuando estaba fuera de la casa descubrió que no le haría falta la carne que llevaba consigo ya que los perros no hicieron acto de presencia en todo su camino al portón de metal. Aún sosteniendo la comida, Tristán trepó con cuidado las altas rejas, ayudándose a sí mismo con los arbustos que buscaban impedirle el paso. Una vez en la cima, pasó las piernas hacia el otro lado y saltó.

Tristán cayó mal, con su tobillo en un ángulo doloroso que provocó que lágrimas saltaran de sus ojos y que tuviera que ahogar un grito. Preocupado, tocó la herida con cuidado repitiéndose que ya no era un niño llorón.

Dejó la carne a un lado y se encaminó hacia una farola cercana, con renquera; si hubiera sabido que era tan fácil escaparse de su casa (sin contar su tobillo dolorido), lo habría hecho antes, aunque él sospechaba que solo había sido cuestión de suerte.

Repasó la dirección de la tarjeta bajo la luz de la farola, observó el mapa que salía en el reverso y decidió caminar con calma para no forzar el tobillo.

Supo que estaba cerca del club cuando comenzó a ver adolescentes por doquier. Había chicas con maquillaje exuberante y peinados esponjosos, chicos con camperas de cuero y pantalones ajustados. Las mujeres vestían en color y los chicos en blanco y negro, solo unos pocos llevaban simples camisas a cuadros como él. Era el menor allí, lo notaba, pero era más alto que muchos debido a que todos los hombres de su familia siempre habían tenido mayor estatura que el promedio.

Notó que muchos de ellos llevaban cigarrillos entre los dedos o en su boca, gesto que a Tristán le pareció repugnante, si algo compartía con el resto de su familia era el repudio por el hábito de fumar.

Los adolescentes se dividían en grupos pequeños, mantenían conversaciones entre ellos sin fijarse demasiado en los demás; algunos entraban al local, otros solo estaban allí, quietos.

Tristán, con nerviosismo al ver a tanta gente extraña y un poco mayor que él, se dirigió al guardia de seguridad con su invitación en alto.

—¿Eres mayor de edad, muchacho? —preguntó el hombre. Era fornido y moreno, con un tatuaje de un dragón en la mitad del rostro.

—Yo... no... este, no sabía que debía ser mayor para asistir a una graduación, señor. Ha llegado esta invitación a mi hogar y él único considerado con la edad para asistir a eventos sociales de este tipo soy yo —contestó Tristán, intentando no dejar traslucir su nerviosismo.

Era la primera vez que se dirigía a un extraño sin su familia presente; las pocas veces en que sus padres lo habían presentado a alguien, había sido a socios de la empresa o a amigos de ellos.

—Sí, aquí hay chicos de diecisiete años que se gradúan. No estoy seguro de que tengas la edad correspondiente —dijo el hombre examinándolo con cautela.

—Pock, deja de tocarle las pelotas al niño, ¿no ves que lo asustas? —se escuchó una voz chillona detrás.

Tristán, ofendido de que lo llamaran niño, se dio la vuelta dispuesto a pelear por el honor de su edad. Pero no pudo emitir palabra al ver a la chica que había hablado.

Metro sesenta, cabello azabache repleto de rulos, maquillaje delicado en los ojos y los labios de un llamativo tono carmesí. La ropa de cuero a juego, en una tonalidad profunda de rojo; su vestido llegaba ajustado hasta la cintura y se abría en una campana hasta la mitad de sus muslos. Sobre sus piernas, medias de red y botas negras. Su rostro era una mezcla de sorpresa y diversión mientras daba una calada al cigarrillo que sostenía en una de sus manos.

—Niño, ¿nunca has visto a una chica antes? Cierra la boca y sécate la baba, por favor, me avergüenzas. Pock, déjalo entrar, no creo siquiera que sepa lo que es el alcohol y mucho menos creo que quiera acercarse a él —dijo ella sin dejar de mover las caderas al ritmo de la música mientras se acercaba a Tristán.

El chico cerró la boca, que no sabía que tenía abierta, mientras la muchacha lo tomaba del brazo con la mano libre para invitarlo a entrar al local, no sin antes enviar una guiñada en dirección al malhumorado guardia.

—Tiene razón, no tomo alcohol. Por cierto, debo agradecerle, señorita, por interceder por mí —murmuró Tristán cuando la chica lo soltó.

—Wow, ¿has salido de un libro de buenos modales de los años 50' o algo así? —respondió ella, divertida.

Tristán no comprendió su comparación.

—No importa —continuó ella—. Dime, ¿cómo te llamas y qué haces aquí?

No parecía preguntarlo con reproche, era simple curiosidad. Por su escasa estatura, la joven lo miraba desde abajo, con sus grandes ojos azules, mientras daba otra calada al cigarrillo, con las cejas alzadas a la espera de una respuesta.

—Mi nombre es Tristán Adam Tomasini y estoy aquí porque a mis manos llegó una invitación a este evento —respondió él.

La chica continuó observándolo con curiosidad.

—Ah, el niño de los Tomasini. Pues, bienvenido al infierno, mi nombre es Staphina y esta noche sin luna seré tu Virgilio.

Otro chico de catorce años tal vez no hubiera entendido la alusión, pero Tristán sí.

—Pues, espero que pueda guiarme hacia mi Beatriz, querido poeta.

—¿Estás coqueteando conmigo, niñato? —preguntó ella al tiempo que golpeaba con suavidad el hombro de Tristán. Arrojó el cigarro y lo pisó con su bota—. Si Beatrices mojigatas es lo que buscas, puedo presentarte a las «fresitas», como yo las llamo, aunque no creo que sean de tu estilo —explicó. Luego, se puso en puntillas para susurrar en el oído del chico—. Es que ellas no visten cuero.

CERVEZA Y MÚSICA

AÑO 1982

El lugar era en verdad un infierno. «Club Hades» rezaba el cartel sobre la barra. Los empleados iban vestidos con capas rojas y cuernos con luces. Tristán no pudo evitar preguntarse si no estarían confundiendo la fiesta de graduación con Halloween.

—Así que, chico Tomasini, ¿qué edad tienes? —questionó Staphina acercándose al bar.

Ella estaba por fumar su tercer cigarrillo desde que entraron; a él los cigarros ya no le parecían tan repugnantes como momentos antes.

—Mi nombre es Tristán, ¿crees que podrás recordarlo? —pidió el chico con los ojos puestos en los empleados.

—Tristán, está bien. Mi capacidad cerebral es del tamaño de una nuez, pero creo que podré con ello. Ahora, dime tu edad —insistió cuando llegó al borde de la barra.

—Esto... catorce años.

Staphina lo miró una vez más, sus ojos más abiertos que antes. ¡Catorce años! ¡Pero si ella debía mirar hacia arriba para verlo a los ojos!

—Pues... sí que te dan buena comida tus padres —añadió, dubitativa. Luego, dirigiéndose al *barman*, agregó—: una cerveza muy fría y una Coca-Cola.

—Muchas gracias, Staphina —murmuró él al tomar el vaso.

—No hay de qué, Tristán —respondió la chica, con un ligero bigote de cerveza sobre los labios—. Ven, te presentaré a mis compañeros de mierda.

Dicho esto, lamió descuidadamente la espuma de su rostro; el lápiz labial no se corrió.

Staphina tomó la mano de Tristán y lo llevó entre los sudorosos cuerpos que bailaban apretados al ritmo de la música. Él no conocía el nombre de la banda que sonaba en los parlantes, mucho menos el de la canción, pero al poco tiempo había comenzado a mover los hombros al compás de la música.

Vestidos amplios, pantalones monocromáticos y peinados esponjosos dominaban el lugar. Tristán intentó, en vano, llevar su cabello hacia arriba para que pareciera tener más volumen. Staphina se rio un poco de él. Bastante en realidad. Se rio hasta que llegó a un grupo de chicos; cargaban con la cerveza en una mano y con un cigarrillo en otra. ¿Qué le veían de atractivo despedir humo como un automóvil? Tristán volvió su vista a Staphina, que exhaló en ese momento por entre sus labios el humo que había inhalado; allí, él comprendió el atractivo de fumar.

—Está bien, Tristán. Te presento a la peor escoria del salón de clases: mis amigos —anunció la muchacha con dramatismo, tocó su cabello antes de señalar uno por uno a los chicos—. El de polvos blancos es Marti, la de la terrible permanente es Mélanie y es la novia de este tonto de aquí, Franco. La del maquillaje exuberante es mi mejor amiga, Leticia. Ahora, bola de frikis, este niñato es Tristán, hijo de los Tomasini. Y no, no sé qué demonios hace aquí —agregó encogiéndose de hombros a la pregunta implícita en los ojos de sus amigos.

El chico comprendió en ese momento que Staphina adoraba decir malas palabras. No le importó.

—Buenas noches, como Staphina dijo, mi nombre es Tristán, estoy encantado de conocerlos, espero que estén disfrutando de la tan amena velada de su graduación —comentó con una sonrisa sincera.

Los jóvenes estallaron en carcajadas. Incluso Staphina. Tristán no comprendía de qué se estaban riendo exactamente. ¿Había dicho algo gracioso? No entendía qué podía haber dicho mal, él nunca hablaba con nadie que no fuera de su familia o con Zamara. ¿Tal vez la risa era una forma de decir: «Hola, te aceptamos aquí»?

—Staph, ¿de dónde carajo sacaste a este tipo? —preguntó Marti para secar a continuación lágrimas invisibles en sus ojos.

—Ya, él habla así. No pregunté el porqué, no es de mi incumbencia... —comenzó Staphina.

—Eh, niñato, ¿por qué hablas como sacado de un manual de modales británico? ¿Nunca sales? —interrumpió Leticia.

—... y tampoco debería ser de la suya —terminó Staph, lanzándole una mirada asesina a su amiga.

—Está bien, está bien, el niño es raro. Pero ¿no lo somos todos acaso? —acotó Franco con un guiño.

—¡Brindo por eso! —gritó Mélanie, su novia.

No volvieron a mencionar la forma de hablar de Tristán. Aunque eso tal vez se debía a que el chico no pronunció palabra alguna durante el resto de la velada. Solo estaba allí, como un espectador de la vida que pasaba, como si él no formara parte. La vida tan solo pasaba por su costado, él intentaba atraparla, pero no parecía capaz de hacerlo.

Y no lo era.

En algún momento, se alejó y pidió una cerveza en la barra. El *barman* lo miró extraño, pero si el chico estaba allí dentro, se suponía que podía tomar alcohol. Así que le dio su cerveza con mucha espuma sin hacer preguntas.

Tristán no estaba acostumbrado a tomar alcohol, las pocas veces que lo bebía se debía a que su padre le permitía probar algún nuevo tipo de vino, así que decidió llevar con cuidado la cerveza mientras caminaba por el local. El sabor amargo no le desagradó del todo y estaba lo suficientemente fría como para que se sintiera bien entre sus labios.

Lo rodeaban cuerpos en movimiento que chocaban contra él. La música era hipnótica, no conocía ninguna de las canciones que pasaba el *DJ*, pero le gustaban. Le gustaba el efecto de los murmullos entre notas. No comprendía qué decían, pero se dejaba llevar.

El tiempo pasó, canción tras canción, y él comenzó a sentirse incómodo. Nadie hablaba con él, nadie siquiera lo miraba. Quizás, era hora de volver a su casa. Ya había ido a la fiesta, la había visto. Era el momento de regresar a la seguridad de su hogar.

Pero antes, debía encontrar a Staphina, quería despedirse de ella porque había sido amable con él... Y quería verla una vez más para recordarla luego. No deseaba olvidar su rostro o el particular sonido de su voz elevada por la música.

Tristán la buscó a ella y a sus amigos entre la gente. Pasados quince minutos, halló a Franco bailando con Mélanie. Ambos se sonreían y no parecían ver nada más que al otro.

—Este... Franco o Mélanie, ¿alguno de ustedes ha visto a Staphina? —preguntó él con apremio. Quería salir de allí cuanto antes.

—Creo que salió a tomar aire —respondió la chica luego de señalar la puerta de forma distraída.

—Gracias, Mélanie. Nos veremos en algún momento. Ha sido un placer conocerlos —dijo el muchacho, los otros dos ya ni lo escuchaban, perdidos como estaban en los brazos del otro.

Tristán se dirigió a la salida. Pock, el guardia, estaba allí jugando una partida de solitario en la pequeña mesa de recepción. El chico se despidió de él con un asentimiento de cabeza. El murmullo de la música del club salía incluso a la calle, Tristán deseaba silencio.

No vio a Staphina en la puerta ni en los alrededores. Resignado, emprendió el camino a su casa, seguro de que tendrían que volverse a ver alguna vez.

En la esquina, miró hacia ambos lados antes de cruzar —algo en lo que Zamara siempre insistía—. Allí, con la cabeza apoyada contra la pared y su cuerpo encorvado sobre un charco de vómito, estaba la chica.

—Staphina, ¿te encuentras bien? —preguntó Tristán, acercándose con curiosidad. Estaba preocupado. Tal vez la ella había tomado de más, se suponía que eso pasaba cuando se bebía en exceso, ¿no?

—¡¡No!! —gritó la chica, incorporándose de golpe.

A la luz de las farolas, él pudo ver su maquillaje corrido por las lágrimas.

—Tristán, vete de aquí —rogó ella con la voz estrangulada y la mirada posada en la calle perpendicular al club.

Él siguió la dirección de su mirada.

—¡Vete! No mires —suplicó entre arcadas la muchacha.

Pero él ya había observado.

Y deseó no haber visto nada.

Deseó no haber salido nunca de su casa.

Tristán observó a Staphina, que estaba perdida entre arcadas vacías, y luego al cuerpo en medio de la acera. Estaba cubierto de sangre, de sangre húmeda y viscosa. Sangre que se veía negra en la noche. Sangre que parecía petróleo. Los brazos estaban doblados en ángulos grotescos y el rostro parecía una mueca macabra desde esa distancia y en la oscuridad.

Tristán, con la cerveza dando vueltas en su estómago y el murmullo de la música aún en su cabeza, vomitó sobre el piso, como Staphina acababa de hacer, con las piernas temblorosas y las manos sudadas.

Había un hombre muerto en medio de la calle.

COMO UN SUEÑO

AÑO 1985

«Tristán Adam Tomasini». Con ese nombre iniciaba el expediente. El médico miraba con curiosidad el apellido, seguro de que tenía un vino en su casa llamado Tomasini. Al alzar la vista hacia el muchacho, lo descubrió con ambas piernas sobre la silla y sus brazos rodeándolas, buscaba protegerse de forma inconsciente. Miraba al médico esperando que comenzara a hablar.

—Muy bien —dijo el hombre después de dejar el expediente sobre la mesa y tomar la planilla con la hoja en blanco, una hoja dispuesta a ser llenada en esa sesión.

—Mi nombre es Tristán, creo que mi madre no estaba en su mejor momento a la hora de elegirlo —quiso bromear el chico.

Abría y cerraba las manos de forma compulsiva mientras miraba la habitación en la que estaba. Sus ojos se encontraron con un piso de madera lustrosa, sillones con estampado de flores y paredes repletas de cuadros; sus padres se habían lucido esa vez, era un consultorio de lujo.

—¿Por qué lo crees? —preguntó el médico, instantes después de escribir sus primeras anotaciones.

Tristán dudó a la hora de contestar, casi nunca dudaba. Pero ¿cómo explicar el aborrecimiento que despertaba en él todo lo relacionado con... él mismo?

—Mi nombre evoca tristeza y desolación. No le diga eso a mi madre, rompería su corazón. Usted, doctor, ¿ha leído Tristán e Isolda? —preguntó con gestos discretos en su rostro para ocultar la incomodidad.

—No he tenido el placer...

—Ah, magnífica historia, repleta de sucesos memorables y tristes, mi madre acababa de terminar la lectura cuando nací, y aquí estoy. Un nombre triste para un chico triste —susurró al final.

La pluma del médico se deslizaba cada vez que escribía interminables renglones de anotaciones que más tarde poco le iban a servir. Intentar descifrar a Tristán era parecido a analizar una y mil veces un enigma sin solución: cada esfuerzo por entenderlo era inútil. Cada palabra escrita se contradecía con la anterior en menor o mayor medida.

—¿Eres un chico triste? ¿Así te consideras? ¿Qué hay de la felicidad?

—Una utopía, doctor. La felicidad está sobrevalorada. ¿Usted es feliz? —cuestionó el muchacho con una sonrisa.

—Sí, así como tú deberías serlo...

—¿Todo el tiempo, doctor? ¿Es usted feliz todo el tiempo? —interrumpió.

El médico frunció el ceño y asintió, pensativo.

—Está mintiendo —agregó Tristán entre risas y palabras casi cantadas—, nadie es feliz todo el tiempo, solo de a momentos, doctor.

El profesional suspiró. Se quedaron un segundo en silencio, mirándose a los ojos.

—Tristán, me han dicho que este no es el primer... doctor que visitas, ¿estoy en lo correcto?

El chico asintió.

—Bien, me gustaría que me dijeras qué crees que te trajo aquí.

Tristán no tuvo que pensar mucho su respuesta. De todas formas, demoró antes de que la palabra abandonara sus labios. No estaba seguro de poder decirla en voz alta. ¿Hacia cuánto no pronunciaba esas letras?, ¿cuántos meses?, ¿serían años? No estaba seguro, pero se sintió repentinamente vacío al susurrar con melancolía el nombre, como si fuera lo único que lo llenaba. Para él, al pronunciarlo, la persona a la que le pertenecía lo dejaba y se alejaba de su ser.

—Staphina —dijo por fin.

—¿Es una chica? —inquirió el hombre, de forma tal que la pregunta sonara como algo casual, como si hablase con un colega.

—Sí.

—¿Por qué te trajo aquí hoy, ante mí? —insistió el doctor. Se inclinó y miró al muchacho con fijeza.

—Porque siempre lo hace. Ella me hace hacer cosas que no quiero, ¿sabe? Yo soy un buen chico, pero debo venir a verlo porque ella me lo dice, dice que debo mejorar, pero no sé por qué.

Tristán parecía confundido, no comprendía por qué estaba allí. Solo sabía que Staph y su madre insistían en que ese era su lugar para estar: en consulta con un nuevo doctor.

El hombre tomó el expediente del chico una vez más, leyó el dato que quería confirmar. Y, tal como lo recordaba, allí estaba.

Staphina: muerta hacía más de dos años.

CAPÍTULO 2

Tristán había tenido un sueño tan bonito que, al despertar, no pudo evitar llorar. Con frecuencia tenía sueños de esa clase, en los que era feliz y normal. Pero en las mañanas, cuando caía en la realidad, lloraba. Lloraba por lo que podría ser y no era, porque la mente lo privaba de tener una vida normal.

Amanda, al bajar por agua, lo encontró solo, encorvado en el piso en la sala mientras se mecía de adelante hacia atrás. Tenía la mirada fija en un punto de la pared y lágrimas secas en los ojos. Preocupada, la chica lo ayudó a levantarse y lo acompañó a la cocina; allí, él se sentó en una de las sillas y continuó meciéndose.

Una melodía que provenía del oxidado tocadiscos de la sala se oía en cada rincón de la construcción. El leve murmullo de la música llegó incluso a la habitación en la que Máximo dormía. Entre bostezos y con ojos cansados, se despertó, se levantó y decidió ver qué ocurría.

Al bajar por la ostentosa escalera, Máximo notó la iluminación excesiva. Esto le sorprendió puesto que el sol aún no había salido. Su mirada pronto encontró a Maddy, quien encendía las luces de la casa una a una. Ella le dedicó una disculpa silenciosa y el muchacho se encogió de hombros, nada podía hacer.

Al terminar con su extraña tarea, Amanda volvió a la cocina, dónde Tristán hablaba solo.

O eso parecía para cualquiera que lo viera.

—Oh, querida, no debes preocuparte por Maddy, ya no tengo catorce años. Además, tú eres tan hermosa que cualquier simple mortal se vería opacada.

Amanda se aclaró la garganta esperando que la crisis pasara, se dirigió al grifo y sirvió dos vasos de agua; ella tenía la boca seca y suponía que Tristán también.

—¡No, espera! —rogó el hombre, extendiendo la mano hacia la silla contigua para acariciar el aire.

Máximo contemplaba la escena entristecido. ¿Qué quedaba de Tristán? Había perdido lo que más amaba, era una simple sombra de la persona que fue, de la persona que él contaba ser. Miró a Amanda y sintió que su corazón se comprimía una vez más, estaba ya acostumbrado a esa sensación.

—Sabes que volveré a verla —dijo Tristán a Maddy—. Por mucho que te empeñes en encender las luces y ahuyentar las sombras, o por mucha música que suene, ella está aquí, nunca se aleja de mí.

HOMBRE MUERTO

AÑO 1982

Tristán observaba el cadáver mientras oía como Staphina sollozaba. Sin alejar la vista del cuerpo, él habló en dirección a la chica.

—Staphina, debemos avisar a las autoridades —comunicó el menor con voz temblorosa.

Imágenes aterradoras atravesaron su mente. En todas ellas estaba su padre gritando, enojado porque él había salido de su casa sin permiso; también veía policías con rostro serio. Reportar el crimen le supondría un gran castigo, sin importar los motivos y pretextos en los que podía pensar, pero Tristán sabía que era lo correcto en un caso así.

—¿Autoridades? ¿Estás loco? Debemos pedirle a Pock que se deshaga de él. Me apena decirlo, pero es lo único que podemos hacer nosotros. Tal vez un basurero sea la mejor opción...

Tristán estaba atónito ante las palabras de la muchacha. ¿Arrojar el cuerpo a un basurero? ¿Ella estaba loca?, ¿o acaso quería que ellos fueran acusados por obstrucción a la justicia o por...?

Miró a la chica con enojo, ella parecía comenzar a reponerse de los vómitos, aunque aún estaba pálida bajo la tenue luz de los faroles. A Tristán no le importaba demasiado cómo se veían en ese momento.

—Odio cuando pasan este tipo de cosas —dijo Staphina con una mueca de tristeza en su rostro.

—Staphina, lo que dices es una locura. Debemos avisar a la policía, ellos mejor que nadie sabrán qué hacer.

—Tristán, cálmate, es solo un perro, la policía no se encarga de estas cosas. Se nota que no sales mucho —aclaró ella con una sonrisa y comenzó a caminar rumbo al club.

El muchacho no podía creer que la chica se refiriera a un hombre como un perro. Frustrado, volvió a girarse en dirección al cadáver y casi se cayó de espaldas por la sorpresa.

Era un perro. Literalmente, era un perro.

Pero no podía ser un perro, Tristán no había visto un perro hacía unos minutos, estaba seguro de ello. Pero ahora era un perro.

Un perro enorme, negro y con mucho pelo. Estaba muerto en mitad de la calle, atropellado —o eso parecía—.

No podía ser un perro, Tristán había visto un hombre, o eso creía. Comenzaba a cuestionar su propia visión. Definitivamente era un perro.

En ese caso, las palabras de la chica sí tenían sentido.

Con un poco de temor, él decidió acercarse al cadáver para comprobar lo que sus ojos veían; esperaba que la proximidad le permitiera empaparse de la imagen del animal muerto y le hiciera olvidar el cuerpo humano que creyó ver. A la luz de las farolas, la sangre se notaba fresca y espesa, parecía una extensión del pelaje del can. A Tristán no le dio pena ni tristeza ni angustia, solo despertó en él una enorme curiosidad. Estaba ya a pocos pasos de la criatura, pero decidió que era mejor no acercarse más.

Aún sin poder creerlo, e intentando ahuyentar de su mente la imagen del supuesto hombre muerto, siguió el camino de Staphina.

La muchacha hablaba con Pock, el guardia; Tristán no podía entender lo que decían. Solo podía pensar en que lo que vio no era un perro, pero al mismo tiempo lo era.

Pronto, la música volvió a aturdirlo. Estaba otra vez dentro de Hades y Staphina tiraba de él rumbo a la pista de baile, eso le gustaba.

—¿Ya te ibas? —preguntó ella con un grito en el oído de Tristán. Él solo asintió—. ¡Qué lástima! Ven, no te puedes ir sin tomarte una foto conmigo.

Y otra vez era arrastrado por Staphina, quien parecía más borracha incluso que antes de vomitar. Se detuvieron frente a un hombre que estaba apoyado contra la barra con un vaso de cerveza en una mano y una cámara colgando del cuello. Todo le parecía demasiado irreal al menor. No podía quitarse el incidente de la cabeza, pero se esforzó por seguir la corriente.

—Jean Claude, ¿podrías sacarnos una foto? —pidió la muchacha con ojos encendidos.

El hombre no respondió. Simplemente una seña bastó para que Staphina se colocara junto a Tristán, sonriendo. El potente *flash* de la cámara cegó por unos segundos al chico,

quien se notaba aturdido. Staphina agitó un papel frente a él, sin dejar de sonreír. El hombre de la cámara siguió tomando de su vaso como si nada hubiera ocurrido. Tristán no estaba seguro de lo que acababa de pasar, o de cómo había pasado, se sentía bastante fuera de ambiente.

—Es mi profesor de fotografía... lo era. ¡Wow, estoy graduada! ¡Me quedan el verano y luego la universidad! Eso es una locura, Tris —gritaba la chica dando saltitos al ritmo de la música mientras le entregaba el papel—. Para ti, pequeño fatalista. Por el mal trago del perro. A mí también me gustan mucho los animales. Al menos ahora tienes una foto con la chica más *sexy* de la ciudad, puedes presumir que me acosté contigo si quieres, no me importa. Todos lo hacen. ¡Wow!

Tristán estaba bastante confundido por sus palabras mientras tomaba el papel que ella extendía. Al darlo vuelta descubrió una foto instantánea de ambos; ella sonreía mucho y él simplemente tenía la cara descolocada, aún aturdido.

¿Qué había pasado?

Staphina volvió a esfumarse entre la multitud, dejándolo solo, mientras otra pareja de jóvenes se acercaba al profesor para pedirle una foto.

Tristán se sentía agotado cuando abandonó el baile, solo quería volver a su casa, estaba bastante seguro de que nunca había vivido nada tan intenso en su vida y eso lo emocionaba y lo asustaba en partes iguales. Al cruzar el umbral, notó que Pock regresaba de la esquina con una bolsa negra de basura al hombro. Tristán supo que era el cadáver... el cadáver del perro.

Con un asentimiento de cabeza, pasó por su lado. El menor emprendió, apresurado, el camino a su casa con el murmullo de la música en la cabeza, con la imagen de un hombre muerto en los ojos y con la fotografía de la chica más linda de la ciudad en el bolsillo de su camisa.

DIFERENTE DOCTOR

AÑO 2004

Un hombre caminaba con prisa entre los pacientes, los enfermeros y el personal de servicio. Le habían asignado un nuevo caso: Tristán Tomasini.

Hacía unos veinte años que su nuevo paciente recorría diferentes hospitales psiquiátricos, que veía a distintos médicos, que contaba versiones diferentes de su vida. Era triste saber que, además de estar loco, era un hombre con mala suerte. Sus doctores no parecían durar más de un par de años con él. Desde Estados Unidos y hasta Inglaterra, pasando por España, Brasil, Rusia y Alemania, había sido trasladado de país en país gracias a la fortuna de su familia que lo costeara todo. Y luego de su gira por el mundo, el joven Tomasini estaba de regreso en su lugar de nacimiento.

El doctor había leído hasta el cansancio la información básica sobre su paciente, mas no las notas de sus anteriores colegas, eso lo haría más adelante si lo requiriera. Estaba

impaciente por su nuevo caso, no había tenido uno en años porque, desde que su hija nació, se había dedicado a ella y a su esposa, solo había conservado a los pacientes del consultorio privado. El profesional estaba emocionado cuando abrió la puerta de la habitación del hospital que le habían indicado.

Un hombre calvo y de piel amarillenta se encontraba sentado en un extremo del pequeño sofá de terciopelo que había en la habitación. Tenía la espalda recta y las piernas estiradas hacia el frente, cruzadas por los tobillos. Su rostro era una mezcla de ojeras, de arrugas y de incertidumbre. Miraba al frente, al igual que sus piernas, a una pared blanca.

El doctor se aclaró la garganta, pero el paciente ni se inmutó.

—Disculpe, ¿es usted Tristán? —preguntó con cautela el psicólogo.

El hombre giró la cabeza con una rapidez sorprendente y sonrió, mostrando unos dientes amarillentos como su tez; los medicamentos hacían estragos en su cuerpo.

—Usted es el primer médico que me llama solo por mi nombre. Es reconfortante —dijo el paciente en voz baja y arrastrada. Parecía que las palabras salían de su boca sin que él lo quisiera realmente.

—Me alegra saberlo, ojalá se sienta a gusto conversando conmigo. ¿Puedo sentarme a su lado? Esa silla parece incómoda —preguntó el doctor mientras señalaba con un gesto la silla plegable que había cerca del sillón. Era una habitación asquerosa, solo estaban esos dos únicos muebles y una ventana por la cual no habría cabido ni un niño pequeño.

Tristán entrecerró los ojos, pero asintió con la cabeza ya sin su sonrisa.

El médico se sentó al otro lado del sofá, dejando una distancia considerable entre ambos.

—¡Qué grosero soy! —exclamó el doctor para sorpresa de Tristán—. No me he presentado, mi nombre es Dante Penz y seré tu psicólogo en lo que sigue de tu tratamiento.

ABRIR LOS OJOS Y ESTAR CIEGO

AÑO 1982

La familia Tomasini estaba de buen humor esa mañana; los señores de la casa partirían para la Toscana en la noche y Tristán quedaría bajo la tutela de su institutriz, sus tíos no podían cuidarlo. El chico no preguntó el motivo, se sentía agradecido por su buena suerte.

Por su favorable estado de ánimo, pasó un par de minutos más que de costumbre arreglándose frente al espejo; tal vez eso también se debía a la fotografía de una chica de cabello oscuro que ahora adornaba el dorado marco del mismo. Tristán estaba seguro de que ni una clase doble de matemática avanzada con Zamara podría acabar con su buen humor.

Así bajó a la primera planta de su hogar, desbordante de sonrisas y de amabilidad. Dialogó con sus padres, comentó sus avances escolares y sus futuros planes para el estudio. Su madre lo escuchaba con interés mientras que su padre leía el periódico.

La conversación durante el desayuno hubiera sido una experiencia bastante soportable para Tristán, si no hubiera sido por una cucaracha.

El insecto retorció sus patas en el plato de su madre, muriendo, pinchada por un tenedor descuidado. La mujer se la estaba por llevar a la boca mientras el insecto secretaba un líquido blanquecino. Tristán reaccionó sin notarlo. Corrió hasta el lugar de su madre y golpeó con fuerza el tenedor, que repiqueteó en el piso con un ruido metálico. Sus padres lo miraban, anonadados.

—¡Tristán Adam Tomasini! ¡¿Qué diantres ocurre contigo?! —gritó la madre, indignada, al tiempo que se levantaba.

—¡¿Has perdido el juicio?! ¡Mira que atacar a tu madre de esa forma! —bramó el padre.

Tristán se encogió, aturdido, antes de comenzar a buscar con frenesí el asqueroso insecto que su madre casi ingirió.

—La cucaracha, madre. Ibas a comerla —dijo el adolescente con voz queda, al tiempo que una empleada alcanzaba el cubierto a la mujer. Un trozo de tostada se encontraba en la punta de los dientes del utensilio.

—¿Una cucaracha? ¿En mi casa? Tonterías, muchacho. Debiste imaginarlo —dijo su padre más calmado al ver que su hijo movía las manos, nervioso. El hombre odiaba que su muchacho hiciera eso.

—Tal vez... debe tener razón, señor Tomasini. Me retiraré a mi habitación. Lamento haberle causado ese incordio, señora Tomasini, debí ver la margarina en la tostada y... me retiraré.

Tristán se marchó entre gestos corteses y palabras avergonzadas, pero la verdad es que estaba bastante sorprendido. Y asustado.

¿Una cucaracha insertada en el tenedor de su madre? ¿Estaba loco? Eso era casi tan absurdo como confundir a un perro muerto con un hombre. Trotó hasta su habitación y cerró la puerta despacio, en su casa no estaban permitidos los portazos. Allí, en la tranquilidad de un cuarto de colores verdes y dorados, jamás había encontrado tanta paz

como en ese momento. La imagen en el espejo le devolvía la visión de un chico pálido y asustado, con las manos temblando y la respiración agitada. Sentía un horripilante zumbido en la cabeza, pero no le dolía, solo sonaba.

Al notar que su imagen no reflejaba ni una pizca de la normalidad que necesitaba, Tristán dirigió la mirada hacia la pequeña fotografía adherida al borde del marco. Esa chica tampoco portaba normalidad, pero al menos era portadora de una sonrisa tranquilizadora; o así la recordaba Tristán.

—Staphina —tanteó con los labios la pronunciación de tan particular nombre. La primera de muchas veces que eso pasaría.

SOLO UNA COSTUMBRE

AÑO 1993

—Solo se convirtió en costumbre —repitió Tristán.

—¿En costumbre? —volvió a preguntar el doctor Lobežno.

Así había decidido apodarlo Tristán por su increíble parecido con el personaje. De fondo, la radio pasaba una canción de Duran Duran que hablaba sobre alguien que necesitaba volver al mundo ordinario desde su locura. O, al menos, es lo que interpretó Tristán en ese momento. La canción lo hizo estremecer ligeramente.

—Sí.

—¿Podrías comentarme más al respecto? —insistió el profesional.

«No lo harás» susurró la chica en la esquina de la habitación. Tristán fingió no oírla, pero algo en su rostro lo delató.

—Ella está aquí, ¿verdad? ¿Puedes verla? —inquirió ansioso el doctor.

Tristán comenzó a ponerse nervioso. Staphina negaba con la cabeza de forma frenética y el primer impulso de Tristán fue hacer lo mismo que ella, pero sabía que no obtendría una buena reacción por parte de su médico si lo hacía. Quería que la radio dejara de sonar.

—No, doctor, nadie aparte de usted y yo estamos en esta habitación, ¿recuerda? Claro, sin tomar en cuenta las cámaras de seguridad que hay aquí. Me pregunto si los empleados tras ellas se masturbarán con la visión de las jóvenes y desafortunadas locas que aquí vienen a parar. Deben gastar mucho dinero en limpiadores de vidrio.

Staphina reía, pero Tristán ya no la podía ver, solo la oía.

«Bien respondido», fue el susurro que le devolvió su cabeza.

El doctor lo miraba con las cejas alzadas.

—¿Cómo lo haces? —preguntó impaciente—. Engañar a las enfermeras para que crean que has tomado tus medicamentos, porque es claro que no lo has hecho en largo tiempo.

—Solo se volvió costumbre, doctor. Cada vez que no me sentía yo mismo, miraba la foto de Staphina.

Y eso obtuvo a modo de respuesta, pero no se refería a la última pregunta.

CAPÍTULO 3

Tristán estaba solo cuando llamaron a la puerta. Dentro de la casa, escuchaba en su *smartphone* un partido de fútbol entre dos equipos que desconocía; el estruendo lo paralizó.

Nadie jamás llamaba a su puerta porque se suponía que esa casa estaba deshabitada.

El hombre bajó el volumen a un mínimo aceptable y esperó. Sus manos sudaban, estaba realmente asustado. Buscó la foto de Staphina de forma instintiva, pero la había dejado en su habitación.

No se animaba a moverse. Confiaba en que la persona que estaba afuera de seguro sabría que él estaba adentro si se movía. Si él no se movía, tal vez se irían.

Pero ya se había movido, era tarde para prevenir. Había bajado el volumen del aparato, así que todos los que estaban afuera debían saber que él estaba allí dentro. Miraba hacia las ventanas, seguro de que por allí lo espiaban. Agazapado en el interior, analizaba sus sombras pasar del otro lado del vidrio sucio y por detrás de las cortinas, entre los arbustos secos del jardín y alrededor de la casa. Estaban ahí para llevarlo y él no tenía su foto para hacerles frente.

Así que, inseguro, se levantó de su silla y caminó con paso tembloroso hacia la puerta. Podía oír susurros, se burlaban de él, de su debilidad, de su miedo.

Tristán no debía tener miedo, era un hombre fuerte, podía hacerles frente.

—¡No me llevarán! —gritó.

Abrió la puerta con decisión y, como una mínima parte de su cerebro sabía, no había nadie fuera, salvo por un enorme patio delantero muy descuidado. Era un cálido día soleado y allí solo estaban él y sus fantasmas.

—

Cuando Amanda llegó a la casa y abrió la puerta en silencio, Tristán estaba en el más puro ataque de nervios. Caminaba de un lado al otro entre murmullos, rasguñaba su cuero cabelludo con el filo de sus uñas hasta dejar surcos rojos sobre su piel; hacía ademanes con las manos, como dando una conferencia bastante entusiasta a un montón de gente.

—Tristán, ¿dónde está Máximo? —preguntó preocupada la chica.

El hombre no respondió más que con una sucesión interminable de «no sé» entre palabras incomprensibles mientras su ir y venir se volvía más frenético. Por su cabeza pasaban muchas cosas que le dolían, recuerdos que poco a poco olvidaba y el miedo que lo mataba, lento pero sin pausa, intentando llevarse hasta lo último de su cordura.

Amanda corrió hacia el botiquín que había sobre el refrigerador. Se subió a un taburete, por su corta estatura, maldiciéndose a sí misma y mordiendo su labio. Tristán

intentaba focalizar su atención en ella, en cualquier cosa que le permitiera dejar de pensar en lo demás, pero le era imposible.

—Mierda, Tristán, ¿dónde están tus pastillas? —dijo con desesperación la chica.

Amanda regresó a la sala, frustrada, y tomó al hombre de la mano. Lo guio hasta lograr que se sentara sobre el sofá. Al instante, él comenzó a gritar y a rasguñar todo a su alrededor. Se sentía amenazado incluso por ella. Un mínimo espacio de su mente le decía que estaba mal, que no se encontraba en peligro y que Maddy no le haría daño, pero esa parte era silenciada al instante por el resto de su consciencia.

Amanda se alejó, asustada, sin quitarle la vista de encima al hombre. Estaba muy preocupada por Tristán y por saber en dónde había escondido su medicina. Él se encontraba cada vez peor y ella temía que eso alertara a los vecinos. Nadie podía saber que esa casa estaba habitada.

—¡Maddy! —exclamó una voz desde la puerta. Máximo entraba en ese momento y analizaba el preocupante panorama.

Tristán no podía pensar en ellos, solo buscaba algo que lo aferrara a la cordura: algo como Staphina y la segunda vez que vio su rostro en persona.

UN POCO DE AIRE FRESCO

AÑO 1982

Tristán estaba bien. Debería estar bien. Sus padres se habían ido de la casa y él se encontraba recostado sobre su cama a las nueve de la noche, como siempre. Sabía que Zamara debía estar viendo su programa favorito, *Cheers*, y que él debería estar durmiendo, como siempre a esa hora.

Pero no podía, algo no estaba bien en realidad. Se sentía extraño, la asfixia que se apoderaba de él parecía generarle insomnio, aunque sabía que no debía exagerar en su reacción pues apenas habían pasado quince minutos desde su horario habitual de sueño.

Sin embargo, cuando el tiempo siguió pasando y se hizo la medianoche, Tristán supo que no podría seguir encerrado en su cuarto, dando vueltas en una cama cada vez más incómoda. Debía salir. En ese preciso instante.

Miró sus pantalones de pijama a cuadros y decidió que solo se pondría una chaqueta por encima, no podía perder tiempo, necesitaba que el aire fresco recorriera su cuerpo. La sensación que lo invadía era terrible, el aire de su recámara le parecía pesado, denso y caliente; además, sentía un picor en la piel tan fuerte que consideró tirarse el vaso de agua que descansaba en su mesa de noche sobre la cabeza.

Casi sin pensarlo, tomó la foto de Staphina del marco del espejo y bajó por la escalera en completo silencio, sabiendo que Zamara de seguro dormía.

Atravesó los portones exteriores sin problemas, los perros ni siquiera se acercaron a ver lo que ocurría y no había riesgo de que alguien lo viera. Esta vez no era un fugitivo rumbo a una fiesta prohibida. Esa noche solo salía a tomar el aire.

Seguro de sí mismo, emprendió el camino calle abajo, sin saber exactamente a dónde ir. Y, a pesar de que se alejaba poco a poco, la sensación de quemazón no cedía.

Las farolas iluminaban algunos tramos, pero el resto del lugar estaba a oscuras. Uno que otro coche pasaba a su lado mientras él decidía hacia dónde podía ir. No conocía mucho de la zona, en realidad, no sabía qué había más allá de su casa salvo por lo que sus padres le habían mostrado a través del vidrio del vehículo familiar en alguna salida del pasado.

Un hombre que pasaba caminando lo miró extrañado porque el chico no dejaba de mover las manos con frenesí.

Tristán recordó que había un parque cerca de allí, siempre le había parecido un sitio bonito y tranquilo desde la lejanía, aunque nunca se había acercado en la noche, cuando las sombras tienen ojos y manos, dientes y pies. Y, a pesar de ello, se sorprendió al notar que no tenía miedo, que no creía posible que algo malo le pudiera pasar; él solo quería caminar y despejarse, ¿quién se acercaría?

Caminó hacia el parque. Se equivocó dos veces de calle por no saber a dónde iba, eso le incomodaba. Estaba enojado consigo mismo por no ser capaz de recordar algo que no le habían permitido conocer, Tristán sabía que no tenía sentido, pero eso no le impidió patear una piedra durante el resto del recorrido, era su forma de alejar la frustración.

Al llegar al parque, el joven se dio cuenta del sueño que tenía: estaba agotado, pero su mente no le daba descanso, recordándole una y otra vez que lo que le ocurría no era normal, que había algo extraño en él. Pensaba en las cosas que había creído ver, pero que en verdad no habían sido así.

En todo aquello pensaba cuando oyó risas.

Eran risas estridentes que se mezclaban en la noche, risas tintineantes que lo llamaban mientras avanzaba rumbo al centro del parque. Allí, una gran escultura de un patriota se alzaba en medio de una fuente de agua impresionante, estaba todo bien iluminado porque solían hacerse sesiones de fotos y pequeños espectáculos allí; y gracias a eso fue capaz de distinguir figuras humanas dentro de la fuente.

Al principio creyó que su cerebro le estaba jugando otra mala pasada, que veía cosas inverosímiles, cosas que no estaban allí.

Pero al acercarse notó que las figuras eran de adolescentes, chicos de casi su edad que se mojaban entre ellos en mitad de la noche. Una corazonada se instaló en su pecho, la posibilidad de que entre esos jóvenes estuviera la razón de sus tormentos. Pero era una locura, descartó la idea mientras la esperanza de todas formas se alojaba en un rincón de su corazón.

—No, déjame. Estúpido, ¡mojaste mi pelo, idiota! ¡No! ¡Bájame! —dijo una voz.

Tristán se asustó por el modo en el que la chica gritaba.

Por instinto, corrió hacia la fuente, dispuesto a ayudar; no podía hacer mucho, con su delgadez no imponía miedo o respeto. Pero de todas formas corrió, siempre se debía socorrer a una dama en apuros, o eso le habían enseñado. En su mente, la voz de la chica era la de Staphina, así que se apresuró.

Había en total cinco chicos, uno de ellos tenía sobre el hombro a una muchacha que se agitaba y los demás reían mientras bebían directo de una botella de alcohol que pasaba de mano en mano.

—Señor, disculpe, ¿podría bajar a la joven? Claramente le demostró su descontento y usted no lo está respetando, no puede excederse de esa forma con una joven, no es correcto y demuestra que...

—¿El chico Tomasini? ¿De verdad eres tú? —preguntó la muchacha sobre el hombro. Todos se quedaron en silencio mientras el otro chico soltaba a su cautiva.

Tristán ya sabía qué rostro vería cuando ella girara la cabeza.

Maquillaje corrido, rizos húmedos y desordenados, párpados gruesos y sonrisa borracha. Staphina estaba hecha un desastre, pero Tristán la veía hermosa. La preocupación inicial disminuyó al notar que se encontraba con sus amigos, esos a los que había conocido en el baile.

—Staphina, qué placer volverte a ver, aunque sea en circunstancias tan... estafalarias —dijo Tristán inclinándose un poco.

—Ay, eres un amor. ¿No es un amor, chicos? Como ese hermanito sabelotodo —dijo ella y luego corrió a los brazos del recién llegado, mojándolo en el proceso—. Tristán cara de pan, toma una cerveza con nosotros, estamos muy borrachos —arrastraba las palabras.

—Sí, chico, puedes quedarte un rato, no todos estamos tocando fondo como la señorita —agregó Marti, tendiéndole la botella de la que estaba bebiendo.

—No toco fondo, estoy festejando. Al fin todo acabó...

—Tranquila, princesa, deberías sentarte —dijo Marti.

Tristán miraba fijo a la chica y se preguntaba qué la tenía tan feliz, él habría deseado ser el motivo de su sonrisa. Le quedaba en claro que Staphina estaba borracha, pero la tranquilidad reinaba en su semblante; se la notaba relajada, quizá incluso aliviada por algo que él no entendía.

Sin pensarlo demasiado, el menor decidió que podría unirse a la extraña celebración y soportar un poco de cerveza, así que tomó un trago. Se sentía afortunado por poder hablar otra vez con tan especial chica.

—Debes de pensar que somos unos raritos, porque tú eres un chico muy fino y nosotros aquí, bañándonos en la fuente del parque —dijo Leticia.

—Estamos a mano entonces, ya que creo fehacientemente que ustedes, colegas, tienen la misma impresión de mí.

«Claro que no están muy errados», pensó Tristán mientras los chicos se reían.

Finalmente, salieron todos de la fuente entre carcajadas y bromas.

El más joven del grupo se sentía mejor, no sabía si por el hecho de estar un poco húmedo o por poder ver a Staphina, pero su piel ya no quemaba. Solo pasaría un rato con jóvenes que eran un poco mayores que él, pero bien intencionados, ¿qué podía salir mal?

TELÉFONO DESCOMPUESTO

AÑO 1982

Los chicos hicieron varias bromas en el parque esa noche. Charlaron, rieron, planificaron y se dieron cuenta de lo hermosa que es la vida; al menos Tristán lo vio de esa forma. Cuando el sol despuntaba en el cielo, el joven Tomasini decidió que era hora de marcharse. Zamara solía despertar temprano en la mañana, siempre le decía eso al chico y él estaba casi seguro de que era verdad. Así que, con gran pena, se despidió de los demás. Staphina lo miraba con un marcado mohín y ojos achispados, Tristán no podía creer que, luego de una noche de alcohol y risas, ella podía verse todavía tan bien, tan hermosa.

—Tristán, gracias por ser tan lindo conmigo hoy, de verdad, te mereces el cielo —aseguró ella.

—No hay de qué, me siento favorecido por poder disfrutar del placer de tu compañía —respondió el chico con una sonrisa.

Sus palabras eran ciertas, no pensaba que volvería a verla, había pasado la mejor noche de su vida con ella; había tomado cerveza y, por suerte, le había sentado bien, incluso había logrado alcanzar la sensación tan particular que ofrece el alcohol en su medida justa.

Los ojos de Staphina se llenaron de lágrimas cuando lo abrazó, sin importarle mucho porque estaba aún borracha.

—No tienes un bolígrafo, ¿verdad? —preguntó ella de repente.

Tristán no sabía para qué podía querer algo así, pero de todas maneras fingió buscar en su ropa.

—No, no es algo que suela llevar conmigo, lo siento.

—No importa. Quiero volver a verte, ¿puedes memorizar mi número telefónico? —cuestionó Satph. Estaba segura de que nunca se hubiera imaginado en esa situación con un chico de apenas catorce años, pero Tristán tenía algo, algo sólido en él, algo que hacía que quisiera estar en su compañía.

Él se encogió de hombros y escuchó atentamente los dígitos que Staphina dictaba; sabía que al llegar a su casa recordaría todo.

—Puedes llamar cuando quieras, ya no está papá para molestar.

Él no entendió su comentario final, pero luego de otro abrazo con aroma a sudor y a cerveza, la despidió. Sus amigos la llevaban tomada del brazo.

—¡Nos vemos, Tristán cara de pan! —gritó al viento.

Él negó con la cabeza, pero la sonrisa no pudo abandonar sus labios. Allí se mantuvo todo el trayecto hasta su casa, mientras el sol terminaba de salir y la ciudad se ponía en movimiento. Los transeúntes asomaban, apurados —siempre apurados—, con maletines o carpetas rebosantes de papeles que para ellos eran su mundo, pero que no dejaban de ser un montón de hojas y tinta.

Al acercarse a su residencia, Tristán vio a la vecina de al lado salir con el perico de su hija en una jaula. Él creía que era un animal ruidoso y desagradable, lo escuchaba muy

raras veces en el patio de su casa, pero con eso era suficiente. La mujer estaba tan concentrada en hacer que el animal dejara de chillar que ni siquiera se percató de la presencia del chico.

Él creyó que había tenido suerte, pero en el instante en el que se detuvo en la entrada de su casa, la verja de hierro se abrió y reveló a una despeinada Zamara y a Muriel, la ama de llaves.

Todo el tiempo que había durado la reprimenda de ambas mujeres Tristán había repetido, una y otra vez, el teléfono de Staphina para sus adentros. No dio explicaciones, solo dijo que «necesitaba despejarse», lo que era cierto. Zamara tuvo la delicadeza de no nombrar el aliento a alcohol del chico delante de Muriel, quien había sido llamada por ella de urgencia al no encontrar al joven.

—¡Estoy muy decepcionada de ti, muchachito! —gritó la institutriz mientras él subía las escaleras, deseoso de anotar el número de teléfono en algún lado. Esa noche la llamaría.

—

—Staphi, mi pequeña bebé, es hora de levantarse —susurró con dulzura una mujer mientras acariciaba la mejilla de su hija.

La chica tenía un horrible dolor de cabeza, pero eso no impidió que sonriera y que abrazara a su madre con felicidad.

—Lamento haber llegado tan tarde, mamá, no volverá a suceder, yo...

La chica detuvo en seco sus disculpas al notar el modo en el que su madre reía. Se alejó para mirarla y la mujer le susurró al oído:

—Pequeña mía, ya no debes preocuparte por nada.

Staphina suspiró, contenta. Eran libres al fin.

EL DOCTOR FAVORITO DE TRISTÁN

AÑO 2005

Dante Penz miraba con recelo los medicamentos prescritos a su paciente, le parecían demasiados, pero claro, no era un área que le competía a él. Tristán estaba acurrucado en un rincón de su cama, ese día no había podido salir de su dormitorio; Dante lo miraba con resolución.

—Tristán, ¿cómo te encuentras hoy? —preguntó como siempre hacía. Llevaba casi un año siendo su médico y cada vez lograba más progresos con el hombre, necesitaba saber por qué todo había retrocedido tanto.

—De maravilla, doctor —dijo Tristán con sarcasmo sin levantar la cabeza de entre las rodillas.

Dante sabía que su paciente era un hombre dócil y que estaba debilitado por los medicamentos, así que se aproximó a él sin miedo. Con calma, se sentó sobre la cama junto a Tristán e intentó ayudarlo a levantar la cabeza. Al hacerlo, su expresión cambió en un parpadeo; el médico contuvo la respiración por un momento al ver los surcos rojos que atravesaban las mejillas de su paciente.

—Me han cortado las uñas al extremo, me duele bastante —declaró Tristán con pena mirando sus manos con la punta de los dedos roja y restos de sangre en ciertos lugares.

El doctor lo contempló durante algunos momentos antes de palmeear su espalda y de levantarse. Comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, cosa que sabía que ponía nervioso a su paciente.

—Te han cortado las uñas porque te has lastimado. Sabes que la vida es un constante de causa y efecto, de acciones y de consecuencias, tú mismo me lo dijiste en nuestra segunda cita...

—No digas «citas»; los enfermeros tras las cámaras pensarán que somos pareja...

Tristán comenzó a mover su cuerpo con nerviosismo, necesitaba que el doctor se quedara quieto, pero no se atrevía a decirlo. La sombra de Dante se deformaba a cada paso con la luz que entraba por la ventana.

—Tristán, necesito saber qué pensabas al momento de hacer lo que hiciste. ¿Qué rondaba por tu mente?

—Nada.

—¿Nada? ¿Nada de nada?

—Nada —volvió a responder Tristán intentando enfocar la vista en un punto que no se moviera, como en el rostro de Staphina, que lo miraba desde el otro lado de la habitación con una sonrisa.

—De verdad admiro tu facultad de no pensar en nada, de dejar la mente en blanco y arañar tu rostro sin pensar siquiera en el dolor que eso acarrearía. Deberías enseñarme a no pensar un poco, ¿sabes? Me vendría muy bien...

—No, doctor, de verdad no se lo recomiendo.

—¿Qué miras? —increpó entonces Dante.

Tristán se estaba saliendo de sus casillas, él podía notarlo, ya casi obtendría algo concreto de su parte.

—Nada.

—Me han dicho que quién nada no se ahoga. ¿Te han traído tus pastillas hoy? — insistió el profesional.

—Sí.

Dante sabía que no mentía pues había revisado su horario. La pierna de Tristán se movía con frenesí mientras intentaba centrar sus oídos y su mente en el psicólogo, pero manteniendo los ojos en la delicada imagen de la mujer.

—¿Cómo está Staphina hoy?

—De maravilla, parece muy contenta —admitió el paciente.

Bingo.

Dante estaba seguro de que, de alguna manera, el hombre había dejado de tomar la medicina y que eso había provocado que se lesionara y que las alucinaciones volvieran.

—Tristán, como nuestro pequeño secreto, ¿podrías contarle a Staphina qué pensabas al momento de arañarte la cara? —preguntó Dante. Sabía que lo que hacía era usar la enfermedad de Tristán para obtener información, pero necesitaba esos datos.

—Staph, perdóname... no quería pensar, pero... pensaba en la muerte.

Tristán se largó a llorar mientras Staphina torcía el gesto en la esquina de la habitación. Claro que eso solo lo sabía él, nadie más podía verla.

Tristán sabía que Staph odiaba que él pensara en la muerte, en su muerte principalmente, eso la hería y por eso se arrepentía hasta el punto de hacerse daño como penitencia.

Dante lo miraba con atención mientras el hombre lloraba, debía hablar con el doctor Sinoe respecto de la medicación de Tristán y de cómo él parecía no tomarlas nunca.